

**Pedro Calvo-Sotelo**

**Menéndez Pelayo  
y Macaulay**



**Cuadernos del Consulado, 3**  
Edimburgo, MMXXI



**Pedro Calvo-Sotelo**

**Menéndez Pelayo y Macaulay**



**Cuadernos del Consulado, 3**  
Edimburgo, MMXXI

*Una colección del  
Consulado General de España  
en Edimburgo*



*Colaboran:*

*Ilustración de la portada:*

*Yuying Chan, Edinburgh College of Arts*

*Traducción:*

*Universidad Heriot-Watt del Departamento de Lenguas y Estudios Interculturales: Roxane Schuller-Green, Morven McCulloch, Morgan Watts (traductores), Erika Kadlcikova (directora del proyecto) y Beth Hanley (revisora).*

*Diseño:*

*Lola González Beiras*

*Imprime:*

*Edinburgh Copyshop Ltd*

## Prólogo

Comenzamos este ciclo de “Cuadernos del Consulado” acompañando a Benito Pérez Galdós mientras recorría, con paso un tanto apresurado, las calles, plazas y monumentos de Edimburgo. La razón de sus prisas no era otra que su amigo y acompañante José Alcalá Galiano –a la sazón Cónsul en el norte de Reino Unido- quien le apremiaba a tomar el primer tren de vuelta a Newcastle para atender una inaplazable emergencia consular. Bien que debió lamentar don Benito el oficio de su amigo el cónsul, que en aquel siglo XIX de trenes y telégrafos era tan cambiante y azaroso como lo es ahora. Así que Galdós que

tenía ilusión de encaminarse hacia el norte, hacia Aberdeen y el lago Ness, se tuvo que conformar con ir hacia el Sur, hacia Stratford-upon-Avon donde visitó –esta vez en solitario- la casa de William Shakespeare.

Hoy seguimos nuestro recorrido por las huellas de España en Escocia con un contemporáneo de don Benito, a quien le unió una gran amistad a prueba de discrepancias ideológicas: Marcelino Menéndez Pelayo. Se trata de uno de nuestros autores más prolijos, versátiles y enciclopédicos, con una cultura y una capacidad creadora que tiene un punto de intimidatorio. Menéndez Pelayo, nos lo dice el embajador Calvo-Sotelo, era un “polígrafo”; es decir, según el diccionario de la RAE, un “autor que ha escrito sobre diversas materias”. Es una definición demasiado sintética para

quien –según nos cuenta Pedro- vertió su sabiduría en unas Obras Completas de casi cien volúmenes, y lo hizo siempre con un rigor, profundidad y elegancia que, me temo, generan hoy en día tanta admiración como pocos lectores. Si atendemos a la aséptica definición de la Academia, estos tiempos en que se escribe más de lo que se lee (y desde luego, más de lo que se sabe) estarían llenos de polígrafos. Ninguno, me temo, como lo era don Marcelino.

No nos consta que Menéndez Pelayo viajara, como don Benito, hasta Edimburgo; pero sabemos que conocía muy bien la ensayística que se producía en Escocia, que era lector de revista de Edimburgo y admirador de la Escuela Escocesa y que sentía una especial predilección por los escritos de Thomas Babington Macaulay, de quien llegó a

decir que era “el rey de los ensayistas”. Macaulay murió cuando Menéndez Pelayo contaba apenas tres años. Pero el encuentro entre dos grandes escritores resulta siempre posible gracias a sus libros. Y eso es lo que sucedió entre Menéndez Pelayo y Macaulay: un *diálogo*, en el sentido etimológico del término, donde el prefijo “dia” no significa “dos” –como podría intuirse- sino “a través de”: una conversación *a través de* la literatura. Menéndez Pelayo dialogó con Macaulay leyendo sus libros. El respeto reverencial que sentía hacia el gran *scholar* no estaba exento de espíritu crítico, de discrepancias propias de un lector atento, como sucede también en todos los diálogos, cuando son verdaderos.

Así que, del mismo modo que don Benito se paseó por Edimburgo gracias a Alcalá Galiano, don Marcelino se paseó



por Escocia entera gracias a Macaulay. Y nosotros recordamos esa circunstancia gracias a que Pedro Calvo-Sotelo nos la cuenta con su prosa aguda y elegante, atenta a eso que los italianos llaman “intrahistoria”, que es el bastidor que sujeta el lienzo de los hechos históricos. Una prosa que nos revela el gran lector que es Pedro, como lo eran Macaulay, Galdós, Alcalá Galiano y Menéndez Pelayo. Personas que, para suerte de sí mismas y de sus amigos, viven en un constante *dialogum* con el mundo que les rodea.

Ignacio Cartagena  
Cónsul General en Edimburgo



LOS INMORTALES, dibujo de J. Mas.



©. SANCHEZ GARCIA Y PELLER



## Menéndez Pelayo y Macaulay

Muy buenas tardes.

Les hago llegar un saludo desde España. Un saludo en su sentido etimológico. En latín *salutare* significa “desear salud”. Eso es lo que les deseo a todos en estos tiempos aciagos: que tengan salud.

Les agradezco mucho su interés y participación en esta convocatoria virtual, telemática, sintiendo, claro es, no poder estar entre ustedes en Edimburgo, ciudad que no conozco. De Escocia, tan solo he visitado Aberdeen, lugar encantador, con un precioso Museo marítimo.

Quiero también agradecer al Cónsul General de España en Edimburgo, Ignacio Cartagena, su invitación.

Me satisface mucho participar en el proyecto que impulsa como Cónsul. Un proyecto cultural, “Traces of Spain”, que profundiza en el capítulo escocés de las relaciones hispano británicas.

En la web del Consulado constan noticias muy interesantes sobre esos vínculos. Unos lazos que protagonizan por el lado español pintores como Zurbarán, Velázquez y Dalí y escritores como Galdós o Cernuda.

Mi propósito hoy es dar cuenta de una influencia intelectual muy importante en razón de las personalidades concernidas: la influencia que ejerció Thomas Babington Macaulay en Marcelino

Menéndez Pelayo. Dos figuras imponentes en el panorama de la historiografía y la historia de la literatura y la cultura de Gran Bretaña y de España.

Esa influencia, por razones biológicas, solo pudo ejercerse en un sentido: desde Macaulay hacia don Marcelino, ya que Macaulay murió cuando Menéndez Pelayo tenía tan solo tres años.

Recordemos que el gran sabio británico nació en 1800 y murió en 1859. Recordemos que el gran sabio español nació en 1856 y murió en 1912. Introduzco ahora un término que suele usarse en español para personalidades como la de Macaulay o Menéndez Pelayo: la de polígrafo.

Voy a decir una *boutade*, una bravata: como Menéndez Pelayo fue un niño de una precocidad extraordinaria, siempre es posible que alguien descubra que ya con tres años el pequeño Marcelino leía al anciano Macaulay. Perdón por esta exageración inocente.

Pero es verdad que las poderosas facultades intelectuales de Menéndez Pelayo rompieron todos los estándares de su época. Ya se ha dicho que fue un niño superdotado; hubo que cambiar la ley para que pudiera presentarse a los exámenes de catedrático: ganó con 22 años la plaza de catedrático de Historia de la Literatura española en la Universidad Central de Madrid; a los 25 años, fue elegido académico de la Real Academia Española; con 27, de la Real Academia de la Historia; con 33 años, de la Real Academia de Ciencias Morales y



Políticas y con 36 años, de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ningún otro español de su época perteneció a esas cuatro instituciones.

Don Marcelino fue una leyenda en vida, de inteligencia, memoria, intuición genial, potencia lectora y fecundidad de obra escrita.

Sus obras completas suman 67 tomos. Su epistolario suma otros 26 tomos más. Recordemos que Menéndez Pelayo murió a los 55 años.

¿Cómo es posible haber leído tantas obras de la literatura, la filosofía y la historiografía de todos los tiempos y en tantas lenguas distintas, descubriendo además multitud de textos inéditos en los archivos españoles?

¿Cómo es posible, sin teléfono, sin fotocopiadora, sin Google, sin Word, sin el corta y pega, sin internet, sin correo electrónico, levantándose cada poco de la mesa para buscar un libro y dar con el pasaje preciso, cómo es posible investigar y escribir tanto y de tan altísima calidad? Porque basta abrir al azar cualquiera de esos casi cien libros de don Marcelino para quedar seducido por la erudición, la sensibilidad crítica, la penetración psicológica y la belleza de su prosa.

Las opiniones al respecto son innumerables. Veamos las de dos grandes filólogos y lingüistas, el filólogo románico Ramón Menéndez Pidal y el filólogo clásico Antonio Tovar.

Don Ramón Menéndez Pidal, otro estudioso admirable, discípulo de don

Marcelino, escribió así de su maestro:  
*“Menéndez Pelayo parece convertir en oro cuanto toca”; Se caracteriza “por una incesante y apasionada búsqueda de la verdad, un perenne anhelo para llegar a la más pura comprensión de la belleza, sin que el amor propio le impidiera nunca el afrontar las rectificaciones más francas”; “Apenas hay un gran tema de nuestro pasado literario que pueda tratarse sin evocar al comienzo el nombre de Menéndez Pelayo, tomando como punto de partida una página suya que confirmar o una apreciación suya que discutir”.*

Por su parte, Antonio Tovar escribió:  
Menéndez Pelayo *“es, por sí solo, lo que para otras naciones de Europa son enteras escuelas históricas”.*

Esta descripción me recuerda aquella película del cine clásico, protagonizada por siete profesores encerrados en una

biblioteca para escribir una enciclopedia del saber humano. La película se llama *Bola de fuego (Ball of fire)* y la dirigió Howard Hawks. Pues bien, vuelvo a exagerar: si Menéndez Pelayo hubiera participado en esa película, casi podría haber sido el protagonista único de aquella residencia de Nueva York.

Quiero decir con ello que, si leemos al gran polígrafo, estamos leyendo a alguien que primero leyó el mundo entero. Leyó el mundo entero, lo entendió y lo explicó. Esa es la suerte de leer a don Marcelino, que nos entrega lo que muy pocos pueden entregarnos.

Añado una frase más debida al pensador Pedro Laín Entralgo que resume así el pensamiento de Menéndez Pelayo: “*Los tres ingredientes de la Historia por él más amados [fueron] -el catolicismo, las*

*humanidades clásicas y el genio nacional de España*”. Para don Marcelino, esos tres ingredientes se dieron la mano en el Renacimiento español. (*Menéndez Pelayo: historia de sus problemas intelectuales*, por Pedro Laín Entralgo, Madrid, 1944).

Claro es que también su obra ha recibido críticas muy severas. En especial, su *Historia de los heterodoxos españoles* y su uso y abuso por un sector ideológico español tradicionalista. Traigo como ejemplo de esas críticas este juicio de un gran escritor español, José Jiménez Lozano, que murió el año pasado: “*La Historia de los heterodoxos españoles suministró [a la Iglesia española] un elemento supletorio de ceguera frente a la modernidad [...] don Marcelino se permitió no pocos exabruptos y toda clase de simplificaciones, y fue absolutamente imporoso al pensamiento y a la sensibilidad modernos, pero yo diría que*

*también lo fue ante lo que constituye la esencia de la fe cristiana”.*

En cuanto a sus creencias, recordemos que, un mes antes de morir, otorga ante notario testamento, leo textualmente: *“previa invocación que hace del Santísimo Nombre de Dios como católico, apostólico, romano”.*

Menéndez Pelayo fue también diputado a Cortes por el partido conservador, así como senador por la Universidad de Oviedo y senador otra vez hasta su muerte en representación de la Real Academia Española.

Muchos de ustedes seguro que conocen la existencia en Santander de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, así denominada en memoria del gran sabio. Con acierto, los

organizadores de este acto han escogido una foto de esa universidad para ilustrar la invitación que todos hemos recibido. Aparece junto a una imagen de Edimburgo.

En la catedral de esa misma ciudad cántabra, se alza el monumento funerario a su persona.

Seguro que alguno de ustedes, al visitar la Biblioteca Nacional de España, recuerda haber visto la estatua de don Marcelino que preside la escalinata de acceso, en homenaje póstumo a quien fue su director.

Esa gran escultura, que representa a don Marcelino con un libro en la mano y envuelto en una capa española, estuvo de actualidad el año 2006. El motivo fue la decisión de la directora de la Biblioteca

Nacional de retirar la escultura de ese lugar preminente. Le resultó imposible, por las críticas recibidas y por ser incapaz de justificar su pretensión.

No me atrevo a hablar mucho de Macaulay ante una audiencia británica, pero estoy seguro de que su memoria ha merecido también homenajes en piedra y en otras iniciativas. Se recordará así la vida y obra del historiador y político, hijo de escocés, vinculado a Escocia por su vida pública (como diputado por Edimburgo), universitaria (como rector de la Universidad de Glasgow) e intelectual (como ensayista estrella de la *Revista de Edimburgo*).

Lo curioso es que son muy notables, en número e importancia, los rasgos comunes de la biografía de Macaulay y de don Marcelino: ambos fueron niños



prodigios, ambos tuvieron una formación humanística y ensalzaron el mundo greco latino, los dos escribieron poesía en latín y en su lengua materna, ambos fueron notables políglotas, ambos gozaron de una memoria portentosa, los dos fueron miembros del parlamento, uno y otro escribieron sobre historia y literatura, ambos permanecieron solteros y sin hijos, como los personajes de “Bola de fuego”. En fin, una naturaleza parecida, montañosa, verde y lluviosa, la de Escocia y la de Santander, fue referencia clave de sus vidas.

También es notable la coincidencia de sus reputaciones: ambos fueron muy famosos en vida, sus obras marcaron a generaciones, tuvieron una extraordinaria influencia en la interpretación histórica de sus

respectivos países, Macaulay y Menéndez Pelayo fueron escritores de estilo tan singular como cautivador, un estilo que hizo escuela. En fin, tanto en vida como tras su muerte, su obra ha merecido el aplauso y la crítica.

Más allá de sus respectivas e influyentes obras intelectuales, es indudable que la dimensión política de Macaulay fue mucho más relevante que la de Menéndez Pelayo.

En efecto, Macaulay, como diputado y como alto cargo de la administración británica en la India, tuvo una carrera muy destacada. Se suele recordar su política cultural y lingüística en la India y las controversias que suscitó.

Pero yo quiero tener presente otra iniciativa suya que resultó muy fecunda

para la historia de la administración pública. Macaulay concibió en India un modelo de acceso a la función pública que luego se importaría al Reino Unido, a saber, el sistema de oposiciones o exámenes basados en pruebas iguales para todos. Cualquier funcionario de España, y somos dos millones y medio, sabemos por experiencia propia qué significa ese modelo de selección de personas.

Bien, es el momento de dar cuenta de esa influencia de Macaulay en Menéndez Pelayo. Encontramos dos pruebas indiscutibles al respecto, tanto en su obra como en sus lecturas: son numerosas las referencias a Macaulay en los libros y cartas escritos por don Marcelino y también son abundantes las obras de Macaulay en la biblioteca personal de don Marcelino y en la biblioteca de la

Real Academia de la Historia que dirigió durante años.

Empecemos por la biblioteca personal, compuesta por más de 40.000 volúmenes. Don Marcelino la legó -leo textualmente su testamento- *“por gratitud a la Ciudad de Santander, mi patria, de la que he recibido durante toda mi vida tantas muestras de estimación y cariño”*.

Según me informa la directora de esa biblioteca, en sus fondos constan al menos 12 obras de Macaulay, 2 en inglés y 10 en español, pero también varios números de famosa *Revista de Edimburgo*.

En la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, donde tanto trabajó don Marcelino, encontramos otras 20 obras de Macaulay en ambos idiomas.

En las dos bibliotecas se conservan también ejemplares de la *Revista Europea*, una publicación bimensual muy querida de don Marcelino. Dicha revista solía publicar resúmenes de la *Revista de Edimburgo* y se inspiraba en ella como modelo de publicación académica.

Sabemos también que el gran polígrafo español había leído la obra de G. Otto Trevelyan, sobrino de Macaulay, *The life and letters of Lord Macaulay*, que la Enciclopedia británica considera un modelo excelso de biografía. Es, en efecto, una gran biografía.

En cuanto a los escritos de Menéndez Pelayo, son muy expresivas las menciones a Macaulay en bastantes pasajes.

He leído casi todas esas menciones y puedo decir que esto es lo que don Marcelino más aprecia de Macaulay: su amenidad y provecho. Cumple así Macaulay aquel viejo principio de “instruir deleitando”.

Alaba también don Marcelino en Macaulay: su maestría a la hora de conciliar dos talentos casi opuestos: el sentido práctico y la fantasía; un método de investigación historiográfico de carácter experimental para la observación de personas y épocas; un estilo de gran hermosura y atractivo y una honestidad intelectual casi invariable incluso en perjuicio de su interpretación liberal (*Whig*) de la historia.

El estilo de Macaulay fue muy importante para la fama de su obra. Aparte de su belleza formal, fue famosa

la destreza de Macaulay en el uso de “la transición”. Por transición se entiende la manera de ligar un párrafo con otro, de escribir la secuencia de una historia uniendo un párrafo con el anterior. Es un aspecto del estilo que preocupa en especial a los escritores franceses e ingleses, que yo sepa.

Me van a permitir que lea una cita bastante larga, pero es la más elocuente de todas las referencias de Menéndez Pelayo. Entresaco los siguientes párrafos del prólogo que puso don Marcelino a la publicación en España de los *Ensayos* de Macaulay. Dice así:

*“Si alguien me preguntara cuál es (en mi sentir) el libro más ameno, variado, útil y deleitoso de este siglo, no dudaría en responder que la colección de los Ensayos de Macaulay. Confieso que siento por él una predilección*

*especial. Ninguno enseña tanto sobre los hombres y las cosas: de ninguno se sacan tantas y tan provechosas lecciones de buen gusto y de utilidad práctica. Cuando comencé a estudiar inglés, uno de los primeros libros que cayeron en mis manos fué una colección de artículos extractados de la Revista de Edimburgo, donde entre otras cosas figuraban los estudios sobre Milton y Maquiavelo; [...] Aquella lectura me encantó, y desde entonces es Macaulay mi predilecto crítico. Estriba para mí el mérito de sus estudios literarios [...] en dos cualidades que rara vez suelen andar unidas, y menos en los ingleses; pero que cuando llegan a estarlo, hacen el más admirable compuesto que puede imaginarse. Es la una un sentido práctico y positivo, de moralista y político (común en la raza sajona), y un ingenio vivo, agudo y brillante, que parece patrimonio de los pueblos meridionales. Macaulay es hombre de poderosa fantasía, [...] Macaulay derrama la luz donde quiera que pone la mano. Pero no se ha de*



*olvidar que Macaulay es inglés; y por tanto poco o nada amigo de abstracciones y de estéticas. Para él no hay más filosofía que la de Bacon, ni más método que el método experimental y de observación; pero ¡qué observación más profunda y sagaz! [...]*

*No vaga en la región de las teorías; [...] Bástale con juzgar (diré mejor) adivinar y reanimar el escritor y la época. Método por método, vale éste tanto o más que cualquiera otro. Si Macaulay me da a conocer la Italia del Renacimiento y los móviles de su política, y penetra con una delicadeza de análisis psicológicas asombrosa (principal condición de los moralistas ingleses) en el alma de Maquiavelo, y separa el oro y la escoria que allí andaban impuramente mezclados, y aprecia en enérgicas frases las maravillosas excelencias literarias del secretario florentino, ¿qué más he de desear? ¿No ve el lector en una como iluminación súbita la Florencia de los Médicis,*

*y recorre sus plazas, y habla con sus políticos y artistas? Distinguese Macaulay por lo sereno, reposado y majestuoso de su estilo, que (diga lo que quiera Taine) tiene algo de la hermosura clásica. Ni ingenio ni gracia le faltan, antes los derrama, pero sin prodigalidad ostentosa. Los ejemplos y símiles de que para claridad y adorno de la oración se vale; las imágenes con que da cuerpo a sus ideas y las engalana, son siempre de exquisito gusto: la claridad y el orden perfectos. Tomado, un libro de Macaulay en las manos, no hay modo de dejarle: atrae, seduce y encanta: se le toma cariño como a un amigo y compañero, y siempre se vuelve a sus páginas con nuevo deleite. Tiene el don de amenizarlo todo, y es tal la rectitud moral y la firmeza de ideas que en sus libros resplandecen, que inducen a disculpar o tolerar hasta sus resabios de sectario, por dicha no muy frecuentes. Es tan sincero y hombre de bien Macaulay, que no duda en hacer concesiones amplísimas a la justicia y a la verdad, aunque no le sean simpáticas”.*

Hasta aquí, la cita de Menéndez Pelayo.

En otros escritos hace don Marcelino afirmaciones como estas: “*Macaulay, scholar perfecto*”, “*el sagaç y prudentísimo Macaulay*”, “*Macaulay es el tipo más puro y perfecto del espíritu clásico, del espíritu latino en la Inglaterra del siglo XIX*”, “*el rey de los ensayistas es Macaulay*”, “*Siempre es bueno, cuando se anhela por lo perfecto, detenerse en las cumbres, y por eso quien traza hoy la imagen del arte histórico, debe detenerse en lord Macaulay*”.

Aunque también nos previene don Marcelino de algún defecto del polígrafo británico, afirmando que “*Macaulay era un hombre de partido, un wigh convencido y fervoroso, que no daba cuartel a sus adversarios, y llevaba a la crítica literaria sus prevenciones y rencores de hombre de partido. Como escritor, esto le favorece; como pensador y juez, le daña*”.

En resumen: don Marcelino aprendió de Macaulay o fortaleció gracias a Macaulay muchas de sus propias convicciones como hombre de letras.

En efecto, el propio Menéndez Pelayo concibió la historia como una obra artística, defendió una noción estética de la historia. Obra que debía levantarse sobre los cimientos del conocimiento científico, pero a la vez, procurando el historiador producir los mismos efectos que producen el drama y la novela, centrándose, como decía su discípulo Menéndez Pidal, en la mera búsqueda de la verdad y haciendo, cito textualmente a don Marcelino: “*la historia por la historia, y con alta impersonalidad, y sin más pasión que la de la verdad y la hermosura*”.

Pero las relaciones del sabio español con Escocia son más amplias e

importantes: don Marcelino conoció y estimó en mucho tanto la escuela escocesa de pensamiento como la universidad de Edimburgo y fue un lector invariable de la *Revista de Edimburgo*.

Vamos a ver estos otros aspectos con mayor detalle.

Su primer contacto con la tradición filosófica escocesa del sentido común se debió a las enseñanzas de Agustín Gutiérrez, su profesor de filosofía en el instituto de Santander y, más tarde, a las enseñanzas de dos de sus maestros universitarios en Barcelona: Milá i Fontanals y Lloréns. Es bien conocida la influencia de dicha escuela escocesa en destacados filósofos catalanes, como los citados, y otros como Martí de Eixalá y hasta Eugenio D'Ors. La filosofía del

“*common sense*” casaba muy bien con la filosofía del “*seny*”.

Así, Menéndez Pelayo nos dice lo siguiente: “*Yo soy escocés y hamiltoniano hasta los tuétanos*» ¿Qué quería decir con eso? Quería decir que era fiel a una pauta intelectual concreta, a saber, la de atenerse a la propia conciencia.

Pero no solo fue lector de Hamilton, ya que, en otro libro, dice así Menéndez Pelayo: “*La escuela de Edimburgo presenta singulares matices de doctrina y una independencia notable entre sus pensadores, desde Hutcheson hasta Adam Smith, desde Smith a Reid, desde Reid a Fergusson, desde Fergusson a Dugald-Stewart, desde Dugald-Stewart hasta el Dr. Brown, desde Brown hasta William Hamilton y Mansel. ¡Cuán lejanos están de conocer el interesantísimo desarrollo de esta escuela los que la creen reducida a un*

*empirismo psicológico, basado en el criterio trivial del sentido común!”*

Hemos dicho también que Menéndez Pelayo fue un gran lector de la *Revista de Edimburgo*, publicación que cita a menudo y que consulta de manera invariable. Así, por ejemplo, en un momento de su obra afirma “*haber registrado con escrupulosa diligencia la colección de dicha Revista desde 1823 a 1834*” en busca de datos sobre el español Telesforo Trueba y Cosío, uno de los colaboradores de esa Revista.

En otro pasaje, considera don Marcelino, y cito textualmente, que fue “*Francis Jeffrey [el] verdadero fundador de la Revista de Edimburgo, que él convirtió en tribunal, cuyos fallos se oyeron en toda la Europa literaria con más respeto que otros algunos por espacio de más de treinta años*”.

Para añadir que “*la verdadera gloria y el verdadero triunfo crítico de la Revista de Edimburgo consiste en haber formado a lord Macaulay.*”

Todas estas admiraciones las condensa Menéndez Pelayo en una frase: Edimburgo era “*el centro a la sazón de elevadísima cultura, verdadera Atenas del Norte*”.

Acabamos de ver cómo Menéndez Pelayo conoce y elogia la vida intelectual escocesa, la *Revista de Edimburgo* y la obra de Macaulay. Esa estimación no se limita a la obra académica de don Marcelino, ya que la encontramos también en su epistolario.

Es decir, que el gran polígrafo español compartía sus entusiasmos escoceses con sus amistades. Vemos ese



entusiasmo en sus cartas, por lo que nos resulta fácil imaginarnos a Menéndez Pelayo comentar tal o cual ensayo de Macaulay o tal y cual artículo de la *Revista de Edimburgo* en sus frecuentes tertulias. Es seguro que, al hablar de la *Revista de Edimburgo*, don Marcelino se refiriera también con admiración a la escuela escocesa.

Esos entusiasmos por la escuela escocesa, por Macaulay, por la *Revista de Edimburgo*, sin duda se contagiaron a sus conocidos. Ya que todos aquellos grandes escritores respetaban el criterio intelectual del más cultivado y prestigioso hombre de letras de su época.

Conocemos muy bien la rica correspondencia epistolar de don Marcelino. Ya hemos dicho que se ha

publicado en 26 volúmenes por la Fundación Universitaria Española. En esos volúmenes, encontramos la correspondencia que mantuvo con los más famosos escritores de su época: Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós (que visitó Edimburgo invitado por un diplomático español como nos recuerda la web del Consulado de España), Leopoldo Alas Clarín, Unamuno o el poeta nicaragüense Rubén Darío.

Hemos encontrado referencias a Macaulay y a la *Revista de Edimburgo* en las cartas intercambiadas con Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas, Benito Pérez Galdós, Gumersindo Laverde. Todos ellos demuestran ser lectores de esa literatura producida en Escocia.

Un dato curioso. Como saben ustedes, quizá la novela más famosa de la literatura española del siglo XIX sea *La regenta*, de Leopoldo Alas Clarín, buen amigo de don Marcelino. Pues bien, en esa novela aparece un catedrático de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Vetusta, del que no se dice su nombre. Es el único personaje ligado a la filosofía. ¿Qué sabemos de él? Sabemos lo siguiente, en boca del arcipreste de la catedral de Vetusta. Cito: “*El catedrático de Psicología, Lógica y Ética, que saben ustedes que es muy amigo mío, aunque partidario de no sé qué endiablada escuela escocesa, y que se pasa la vida en el mercado cubierto, como si aquello fuese la Stoa o la Academia, etc...*”.

Ahí lo tienen: “partidario de no sé qué endiablada escuela escocesa”. Quizá el novelista Clarín caracterizó así a su personaje influido por la propaganda de

esa escuela escocesa que hacía Menéndez Pelayo.

Añado aquí que el adjetivo “endiablada” significa “difícil y complicada”, pero su raíz tiene que ver con la palabra “diablo”. Término que, en boca de un eclesiástico católico, puede tener una segunda intención respecto de una escuela procedente del mundo protestante.

Otro dato que no he podido encontrar: ¿qué obras de Macaulay, qué números de la *Revista de Edimburgo* tenía en su biblioteca doña Emilia Pardo Bazán? La mejor escritora del siglo XIX español, que murió justo hace 100 años, mandó construir el hogar de sus sueños en la campiña gallega. Levantó una casa conocida como las Torres o el Pazo de Meirás. Puso mucho empeño en que

fuera la casa de una mujer de letras, con una buena biblioteca. Tras la guerra civil, el Pazo de Meirás se hizo muy famoso al ser donado a Francisco Franco, que también era gallego. Allí, en la residencia veraniega del dictador, se celebraron en verano muchos consejos de ministros. La suerte de ese Pazo ha vuelto a la actualidad a raíz de una sentencia del año pasado 2020 que convierte esa mansión en patrimonio del Estado. Será más fácil ahora visitarla y ver los fondos de la biblioteca personal de doña Emilia.

Esta admiración de don Marcelino por Macaulay corrobora una verdad que algunos ponen en duda: Menéndez Pelayo fue un espíritu franco y abierto, un estudioso al que disgustaban las rigideces dogmáticas, una persona atraída por la verdad y la belleza, allí

donde se encontrara, dispuesto siempre a corregir sus juicios de juventud.

Digo esto porque la filosofía escocesa, al fin y al cabo, nace de un entorno cultural muy concreto: la cultura de la Reforma. Thomas Reid, su fundador, fue ministro de la Iglesia escocesa, una de las iglesias que rompió con Roma. Y supongo que protestantes fueron sus sucesores: Dugald Stewart y William Hamilton.

Digo esto porque Macaulay, también protestante, fue además un portavoz incansable de la superioridad de la cultura inglesa y un liberal militante.

Recordemos que para don Marcelino, dos de los tres componentes más queridos de la historia universal fueron: el catolicismo y el genio nacional de

España. Siendo el tercer componente de sus preferencias, las humanidades clásicas.

De manera que las dos terceras partes de su alma religiosa e intelectual le separaban de un Macaulay o de un Hamilton.

Sin embargo, hemos visto su alta estimación por esos productos intelectuales nacidos en Edimburgo.

Me permitirán que traiga una última cita. Pertenece a un discurso de extraordinaria belleza, inteligencia y sabiduría, que debería leer quien se interese por la ciencia histórica. Bajo el título “La historia considerada como obra artística”, dice esto don Marcelino a sus colegas académicos:

*“De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella e interesante, no por lo que los retóricos dicen, sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea imparcial, sino, al revés por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino, al contrario, porque se enamora de unas, y aborrece de muerte a otras, comunicando, al que lee, este amor y este odio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora; no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco y descubre sólo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición artística; no porque sirva de grande enseñanza a reyes, príncipes y capitanes de ejército, dándoles lecciones de policía, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua, y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque «enseñe a bien vivir» [...]*



*sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores de hombres, si se exceptúa a Shakespeare. [...]. Por tales virtudes, antes poéticas que históricas, viven y vivirán eternamente a los ojos de la memoria, la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia en Tucídides; la batalla de Ciro el joven y su hermano en Xenophonte; la consagración de Publio Decio a los dioses infernales, y la ignominia de las Horcas Caudinas, en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rin, y la llegada de Agripina a Brindis con las cenizas de Germánico [...], en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julián de Médicis, en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay”.*

Antes de concluir, quiero indicar cuáles son las herramientas de las que me he valido para esta charla: la biblioteca de

polígrafos de la Fundación Hernando de Larramendi; la colaboración de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander, el proyecto *Filosofía en español*, “*filosofía.org*” y el *Diccionario biográfico español* de la Real Academia de la Historia.

Concluyo: espero que esta historia de una admiración intelectual desde España haya sido de su interés. En cualquier caso, animo a quien así lo quiera a leer tanto a Macaulay como a don Marcelino Menéndez Pelayo, quizá los dos intelectuales más famosos en vida de sus respectivos países en el siglo XIX.

Muchas gracias de nuevo a todos  
ustedes por su atención, al Cónsul de  
España y a los intérpretes.

Pedro Calvo-Sotelo Ibáñez-Martín

Miércoles, 3 de febrero de 2021





Lord Macaulay and the Street Boys.

[From the "Lancet Review".]



## Menéndez Pelayo and Macaulay

Good evening and greetings from Spain.

Greetings in their etymological sense. In Spanish, we say *saludos*, stemming from the Latin verb *salutare*, which means “to wish good health” and good health is what I wish you all in these challenging times.

Thank you for your interest and participation in this conference. I am sorry that I cannot be with you in Edinburgh, a city that I have never been to. In Scotland, I have only ever been to Aberdeen, a lovely city with a beautiful maritime museum.

I would also like to thank the Consul General of Spain in Edinburgh, Ignacio Cartagena, for inviting me.

I am delighted to be involved in this cultural project promoted by the Spanish Consulate in Edinburgh called “Traces of Spain”, which delves into the Scottish chapter of Spanish-British relations.

The Consulate's website contains very interesting information on these relations. On the Spanish side, these links were forged by painters such as Zurbarán, Velázquez and Dalí, and writers such as Galdós and Cernuda.

I am here today to talk about a particularly important intellectual influence: that which Thomas Babington Macauley had on Marcelino Menéndez Pelayo, two extraordinary figures of



historiography, literature history and British and Spanish culture.

This influence was unilateral for biological reasons as Macauley died when Menéndez Pelayo was just 3 years old.

The wise Briton was born in 1800 and died in 1859 and the wise Spaniard was born in 1856 and died in 1912. A term often used in Spanish to describe figures like Macauley or Menéndez Pelayo is *polígrafo* (a polygraph, in English).

Allow me to make a little quip: as Menéndez Pelayo was a child of extraordinary precocity, it is always possible that someone will discover that at the age of just three years old, little Marcelino was already reading the work

of the wise Macauley. Forgive me this innocent little exaggeration.

It is true that Menéndez Pelayo's powerful intellectual abilities were ahead of his time:

It is well known that he was an exceptionally gifted child;

The law had to be changed so that he could sit the exams to become a professor: at 22 years old he was appointed professor of the History of Spanish literature at what is now called the Complutense University of Madrid;

At 25 years old, he was chosen to be a member of the Royal Spanish Academy;

At 27 years old, the Royal Academy of History;

At 33 years old, the Royal Academy of Moral and Political Sciences;

Finally, at 36 years old, the San Fernando Royal Academy of Fine Arts;  
No other Spaniard of his time was a member of all four of these institutions.

Marcelino was a living legend in many ways. He was a genius with an excellent memory, brilliant intuition, excellent reading ability and fruitful writing skills.

His complete works total 67 volumes. His collection of letters totals a further 26 volumes.

Menéndez Pelayo died at the age of 55 years old.

How is it possible to have read so many works of literature, philosophy and historiography from throughout history and in so many different languages as

well as discover a multitude of unpublished texts in Spanish archives?

How is it possible to research and write so much and of such high quality? Bearing in mind he did so without a phone, a photocopier, Google, Microsoft Word, a copy and paste function, the Internet and email and would have had to get up from the table every so often to look for a book and find the precise passage he was looking for. You need only open any of Marcelino's almost 100 books at a random page to become seduced by his wisdom, critical sensibility, psychological penetration and the beauty of his prose.

This opinion is widely shared. For instance, let us take a look at the opinions of two of the greatest philologists and linguists: the

Romanesque philologist Ramón Menéndez Pidal and the classic philologist Antonio Tovar.

Ramón Menéndez Pidal, another admirable scholar and a student of Marcelino, wrote this about him:

*“Menéndez Pelayo seems to turn everything he touches into gold”.*

He is characterised by *“an incessant and passionate search for the truth, an eternal longing to achieve the purest understanding of beauty, without self-esteem ever preventing him from making the simplest amendments”.*

*“There is hardly a great subject of our literary history that can be discussed without mentioning Menéndez Pelayo's name at the beginning, taking as a starting point one of his pages to confirm or one of his evaluations to discuss”.*

According to Antonio Tovar, Menéndez Pelayo “*is, singlehandedly, what for other European nations are whole historical schools*”.

This description reminds me of that classic film in which seven professors are locked in a library to write an encyclopaedia of human knowledge. The film is called *Ball of Fire* and is directed by Howard Hawks. Well, I may be exaggerating a little bit again, but if Menéndez Pelayo had been in that film, he would have been the sole protagonist of that New York residence.

What I mean by that is, if we read the work of the great polygraph, we are reading the work of someone who first read the entire world. He read the whole world, understood it and then explained

it. That is the advantage of reading Marcelino's work, he can give us something that many others cannot.

I would like to add one more quote by the thinker Pedro Laín Entralgo which sums up Menéndez Pelayo's thinking: "*The three components of history he loved most [were] - Catholicism, the classical humanities and the national genius of Spain*". For Marcelino, these three ingredients went hand in hand with the Spanish Renaissance. (*Menéndez Pelayo: historia de sus problemas intelectuales* [Menéndez Pelayo: history of his intellectual problems], by Pedro Laín Entralgo, Madrid, 1944).

As for his beliefs, let us not forget that, a month before his death, he wrote his will before a notary, and I quote: "*after*

*invoking the Most Holy Name of God as Roman Catholic Apostolic”.*

Menéndez Pelayo was also a conservative party MP as well as a senator for the University of Oviedo and a senator again at the Royal Spanish Academy until his death.

I am sure many of you have heard of the Menéndez Pelayo International University in Santander, named in memory of the great scholar. The organisers of this event have rightly chosen to put a photo of this university alongside a photo of Edinburgh on the invitation that we all received.

In the cathedral of that same Cantabrian city stands his funerary monument.



I am sure that some of you, upon visiting the National Library of Spain, will have seen the statue of Marcelino that presides over the access stairway, which pays tribute to its former director.

This huge sculpture, which portrays Marcelino with a book in hand wearing a traditional Spanish cape, made headlines in 2006. The reason for this was the director of the National Library's decision to move the sculpture from its prominent location. It proved impossible because of the criticism she received and the fact she was unable to justify her rationale.

I do not need to say much about Macaulay to a British audience, but I am sure that his memory has also been honoured with a statue or perhaps in other ways. The life and work of the

historian and politician, son of a Scotsman, linked to Scotland by his public life (as MP for Edinburgh), his academic life (as Rector of Glasgow University) and his intellectual life (as a star essayist for the Edinburgh Review) will thus be remembered.

The curious thing is that there are numerous similarities between aspects of Macauley and Marcelino's lives:

Both were child prodigies;  
Both received humanistic education and worshipped the Greco-Roman world;  
Both wrote poetry in Latin and their mother tongue;  
Both were multilingual;  
Both were gifted with an extraordinary memory;  
Both were members of parliament;  
Both wrote about history and literature;

Both remained unmarried and childless, much like the characters in “Ball of Fire”;

And overall, the mountainous, green and rainy nature shared by Scotland and Santander played a key role in their lives. The coincidence of their reputations is also remarkable:

Both were very famous during their lifetime and their works impacted generations;

They both had an extraordinary influence on the historical understanding of their respective countries;

Macauley and Menéndez Pelayo were writers of a style as unique as it was captivating, which then became a trend; In short, both during their lifetime and after their death, their work has been both applauded and criticised.

Beyond their respective and influential intellectual works, there is no doubt that Macauley was more politically engaged than Menéndez Pelayo.

Indeed, Macaulay, as an MP and as a senior member of the British administration in India, had a very distinguished career. His cultural and linguistic policy in India and the controversies surrounding it are often remembered.

But I would like to keep in mind another initiative of his which proved very fruitful for the history of public administration. In India, Macaulay devised an access model to civil service that would later be implemented in the United Kingdom, namely, the system of public examinations or examinations based on equal tests for all. Any of the

two and a half million civil servants in Spain understands what this selection model means from our own experience.

Well, now is the time to give an account of Macaulay's influence on Menéndez Pelayo. There is undeniable evidence of this influence, both in his work and his readings:

-There are numerous references to Macaulay in the books and letters written by Marcelino.

-Both Marcelino's personal library and the library of the Royal Academy of History, which he directed for many years, contained many of Macauley's works.

Let us begin with his personal library, which contained more than 40,000

books. Marcelino left it - and I quote directly from his will - *"out of gratitude to the city of Santander, my homeland, where throughout my life I have received so much love and appreciation"*.

According to the director of the library, there are at least 12 works by Macaulay in its collection, two in English and 10 in Spanish, as well as several issues of the famous Edinburgh Review.

In the library of the Royal Academy of History, where Marcelino was director, there are another 20 works by Macaulay in both languages.

Both libraries also contain copies of the European Review, a bimonthly publication much loved by Marcelino. It used to publish abstracts of the Edinburgh Review and drew inspiration

from it as a model of academic publishing.

We also know that the great Spanish polygraph had read *The life and letters of Lord Macauley*, written by Macauley's nephew G. Otto Trevelyan and labelled as a sublime biography model by the *Encyclopaedia Britannica*. It is indeed a great biography.

Menéndez Pelayo's works expressively refer to Macauley in quite a few passages.

I have read almost all the passages in which Macauley is mentioned and I can confirm that what Marcelino valued most about Macauley was:

His ability to fulfil the old principle "teach so that learning is enjoyable".

Marcelino also admired Macauley for:

His ability to bring together two almost opposite elements: practicality and fantasy;

His method of experimental historiographical research for the observation of people and time periods;

His captivatingly beautiful style of writing;

His constant intellectual honesty, even to the detriment of his liberal interpretation (Whig) of history.

Macauley's style contributed greatly to the fame of his work. Aside from the formal beauty of his works, Macauley's skilful "transition" abilities were also renowned. By transition, we mean the ability to link each paragraph and to write a sequential story by linking each paragraph to the previous one. To my



knowledge, it is a style of writing that is particularly relevant to French and English writers.

I will now read a quotation that is rather long but is the most eloquent of all Menéndez Pelayo's references to Macauley. I quote the following paragraphs from the prologue Marcelino wrote for the Spanish publication of Macauley's *Critical and Historical Essays*. It reads as follows:

*"If someone were to ask me what is, in my opinion, the most enjoyable, entertaining, diverse and practical book, I would not hesitate to say Macauley's Critical and Historical Essays. I must admit that I have a special predilection for him. No one teaches as much as he does and from no one else can you draw so many useful and tasteful lessons. When I began to study English, one of the first books that I stumbled*

*upon was a collection of article extracts from the Edinburgh Review, where, amongst other things, featured the studies about Milton and Machiavelli; [...] I adored those extracts and since then Macauley has been my favourite critic.*

*In my opinion, his brilliant literary studies [...] can be attributed to two qualities that are seldom united, least of all among the British, but when they are they make the finest combination imaginable. One is a practical and positive sense of a moralist and politician (common of Anglo-Saxons) and the other is a lively, sharp and brilliant wit that seems to be common of those from the South. Macauley has a powerful imagination [...] Macauley spreads light wherever he goes.*

*But it must not be forgotten that Macauley is English, and therefore not very fond of neither abstraction nor aesthetics. For him, there is no philosophy but that of Bacon, and no method*

*but the experimental and observational method.  
What a profound and clever observation!*

*He does not wander in the region of theories; [...] it is enough (I would say better) for him to judge, to guess and to revive the writer and the epoch. Method for method, this one is worth as much or more than any other. If Macaulay introduces me to the Italy of the Renaissance and the motives of its politics, and penetrates the soul of Machiavelli with an astonishing delicacy of psychological analysis (the principal condition of English moralists) and sorts the wheat from the chaff, and appreciates the wonderful literary excellences of the Florentine secretary in powerful phrases, what more could I desire? Does not the reader see in one sudden illumination the Florence of the Medici, and walk through its squares, and talk with its politicians and artists?*

*Macaulay distinguishes himself by his serene, soothing and majestic style, which (despite what Taine may say) has something of the classical beauty. He lacks neither wit nor grace, but rather pours them out, but without ostentatious prodigality. The examples and similes he employs for the clarity and enhancement of sentences, the images with which he gives body to his ideas and embellishes them, are always of exquisite taste: perfect clarity and order. Once you pick up one of Macaulay's books you cannot put it down: it draws you in, seduces and charms you. You become attached to it like you would a friend and companion and always return to its pages with new delight.*

*He has the gift of enlightening everything. His morally righteous and solid ideas are what stand out in his books and force you to excuse or tolerate his infrequent sectarian slips. Macaulay is such a sincere and honest man that he would not hesitate to make the amplest concessions to*

*justice and truth, even if they are not sympathetic to him".*

The quotation from Menéndez Pelayo ends here.

In other works, Marcelino makes the following statements:

*"Macaulay, the perfect scholar"*

*"The sharp and exceedingly wise Macaulay"*

*"Macaulay is the purest and most perfect type of classical Latino spirit in 19th century England"*

*"Macaulay is the king essayist"*

*"It is always good when one longs for perfection to stop at the summit and that is why those who today trace the image of historical art must stop at Lord Macaulay".*

Although Marcelino does mention one flaw of the British polygraph's, affirming

that “Macauley was a party man, a convinced and devout Wigh, who gave no quarter to his adversaries and carried his party man’s prejudices and rancour into literary criticism. As a writer, this works to his advantage but as a thinker and a judge this harms him”.

To summarise, Marcelino learned from Macauley and thanks to him, strengthened many of his own beliefs as a man of letters.

Indeed, Menéndez Pelayo himself conceived history as an artistic work, defending an aesthetic notion of history. A work that should be built on the foundations of scientific knowledge, but at the same time, the historian should try to produce the same effects that the theatre and the novel produce, focusing, as his disciple Menéndez Pidal said, on the mere search for truth and doing, I

quote Marcelino: *"history for the sake of history, and with high impersonality, and with no other passion than that of truth and beauty"*.

However, the Spanish scholar's relations with Scotland are broader and more important. Marcelino knew and highly valued both the Scottish school of thought and the University of Edinburgh and was an avid reader of the Edinburgh Review.

Let us look at other aspects in greater detail.

His first contact with the Scottish philosophical tradition of common sense was through the teachings of Agustín Gutiérrez, his philosophy teacher at secondary school in Santander and, later, through teachings of two of

his university lecturers in Barcelona: Milá i Fontanals and Lloréns. The influence of this Scottish school on prominent Catalan philosophers, such as the aforementioned and others such as Martí de Eixalá and even Eugenio D'Ors, is well known. The philosophy of "common sense" fitted in very well with the philosophy of "seny"(a form of ancestral Catalan wisdom).

Therefore, Menéndez Pelayo said: "*I am Scottish and from Hamilton to the core*". What did he mean by that? He meant that he was faithful to a specific intellectual principle, namely that of sticking to one's own conscience.

He was not only a lecturer from Hamilton, since in another book Menéndez Pelayo said "*The University of Edinburgh presents unique forms of teaching*



*and a remarkable degree of independence among its thinkers: from Hutcheson to Adam Smith, from Smith to Read, from Reid to Fergusson, from Fergusson a Dugald-Stewart, from Dugald-Stewart to Dr Brown, from Brown to William Hamilton and Mansel. Those who merely reduce the school of thought to psychological empiricism based on the trivial criterium of common sense are so far removed from learning of the very interesting development within this school of thought!"*

We have also mentioned that Menéndez Pelayo was an avid reader of the Edinburgh Review, a publication he often quoted and regularly consulted. For example, at one point in his work, he claims to have "scrupulously searched the Review collection from 1823 to 1834" in order to find information about the Spaniard Telesforo Trueba y Cosío, one of the contributors of the magazine.

In another passage, Marcelino considers that it was Francis Jeffrey who was the true founder of the Edinburgh Review, which he transformed into a platform for reviewing literature, and whose opinions were disseminated throughout literary Europe more reverently than others for over thirty years.

To add to that “*the true fame and critical success of the Edinburgh Review lies in having shaped Lord Macaulay*”.

All of Menéndez Pelayo’s admirations can be condensed into one sentence: Edinburgh was “*the cultural hub of the time, a true Athens of the North.*”

We have just seen how Menéndez Pelayo knew and praised Scottish intellectual life, the Edinburgh Review

and the work of Macaulay. This admiration is not limited to Marcelino's academic work as we also find it in his collection of letters.

That is, the great Spanish polygrapher shared his Scottish enthusiasms with his friends. We see this enthusiasm in his letters, and it is easy to imagine Menéndez Pelayo commenting on an essay by Macaulay or an article in the Edinburgh Review at his frequent social gatherings. It is certain that, when he talked about the Edinburgh Review, Marcelino also mentioned his admiration of the Scottish school of thought.

This enthusiasm for the Scottish school of thought, Macaulay and the Edinburgh Review undoubtedly rubbed off on his acquaintances given that all the great

writers respected the intellectual judgement of the most cultured and well-regarded literary man of his time.

We are very familiar with Marcelino's rich letter correspondence. We have already said that he had been published in 26 volumes by the Spanish University Foundation (*la Fundación Universitaria Española*). In these volumes, we find his correspondence with the most famous writers of his time: Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós (who visited Edinburgh at the invitation of a Spanish diplomat, as the Spanish Consulate's website reminds us), Leopoldo Alas Clarín, Unamuno, and the Nicaraguan poet Rubén Darío.

We have found references to Macaulay and the Edinburgh Review in letters exchanged with Emilia Pardo Bazán,

Leopoldo Alas, Benito Pérez Galdós, and Gumersindo Laverde. All of them proved to be readers of this literature produced in Scotland.

Curious fact: as you know, perhaps the most famous novel in 19<sup>th</sup> century Spanish literature is *La regenta* (The [female] Regent) by Leopoldo Alas Clarín, Marcelino's good friend. Well, in that novel there is a professor of psychology, logic and ethics at the *Instituto de Vetusta* (Vetusta secondary school), whose name is not mentioned. He is the only figure linked to Philosophy. What do we know about him? We know the following from the archpriest of the cathedral of Vetusta: *"The professor of psychology, logic and ethics, who you know is a very good friend of mine, although a proponent of I don't know what diabolical Scottish school, and he spends his life*

*at the indoor market, as if he were the Stoa or the Academy, etc...”*

There you have it “*proponent of I don’t know what diabolical Scottish school*”. Perhaps the novelist Clarín was influenced by Menéndez Pelayo’s propaganda of that Scottish school of thought and portrayed his character in this way.

I would add here that the adjective “diabolical” means “bad”, but the root of the word is the Latin word *diabolus*, a term that, in the eyes of a Protestant school of thought, could have a double meaning when spoken by a Catholic clergyman.

Another piece of information that I could not find is which of Macaulay’s works and what editions of the

Edinburgh Review did Emilia Pardo Bazán have in her library. The best Spanish writer of the 19<sup>th</sup> century, who died 100 years ago, had her dream home built in the Galician countryside. The house she built is known as *Las Torres* or *Pazo de Meirás*. She put a lot of effort into making it a literary woman's house with a good library. After the Spanish Civil War, *Pazo de Meriás* became famous when it was donated to dictator Francisco Franco, who was also Galician. In the dictator's summer residence, many ministerial councils were held during the summer. The fate of *Pazo de Meriás* is back in the spotlight following a ruling last year, in 2020, that designated the mansion a state heritage site. Now it will be much easier to visit it and see the depths of Pardo Bazán's personal library.

Marcelino's admiration for Macaulay confirms a truth that some doubt: Menéndez Pelayo was a frank and open-minded spirit, a scholar who disliked the rigidity of dogmatism, a person attracted by both truth and beauty, wherever he was, and always ready to correct his youthful judgements.

I say this because ultimately Scottish philosophy stemmed from a very specific cultural backdrop: the culture of the Reformation. Its founder, Thomas Reid, was a minister in the Church of Scotland, one of the Churches that broke away from Rome. I suppose his successors, Dugald Stewart and William Hamilton, were Protestants.

I say this because Macaulay, himself a Protestant, was also a tireless spokesman



for the superiority of English culture and a militant liberal.

Let us remember that for Marcelino, two out of three of his favourite aspects of world history were Catholicism and the national spirit of Spain. The third aspect was the classics.

So, two-thirds of his religious and intellectual soul separated him from a Macaulay or a Hamilton.

However, we have seen his high regard for these intellectuals linked to Edinburgh.

Allow me to use one last quotation. It is part of a discourse of extraordinary beauty, intelligence and wisdom, which should be read by anyone interested in historical science. Under the title *La*

*historia considerada como obra artística*  
(History considered as a work of art),  
Marcelino says the following to his  
academic colleagues:

*“From all that I infer, classical history is vast,  
beautiful and interesting. Not because of what  
the rhetoricians say, but the opposite. Not  
because the historian is impartial, but because of  
their evident partiality. Not because they are  
indifferent to people but because they fall in love  
with some and hate others to death,  
communicating this love and this hatred to the  
reader. Not because history is in the hands of  
the master of life and the oracle of the ages, but  
because it is a dagger and an avenging fire. Not  
because it encompasses a lot and unselfishly  
weighs the truth, but because it encompasses little  
and discovers only a few aspects of life and is  
interested in them with artistic delight. Not  
because it teaches great lessons to kings, princes  
and army captains, giving them lessons in*

*policing, good governing and strategy but because it has created figures as ideal and serene as those of ancient sculpture, and others as animated and complex as those of modern drama. Not because “teach to live well” [...] but because it produced Tacitus, the greatest of all creators of men except for Shakespeare. [...]. For these virtues, which are more poetic than historical, the Plague of Athens, Pericles' Funeral Oration and the Sicilian Expedition in Thucydides, the battle between Cyrus the Younger and his older brother Xenophon; Publius Decius' devotion to the gods of the underworld, the ignominy of Caudine Forks, in Titus Livy; the mutiny of the legions on the Rhine, and the arrival of Agrippina at Brundis with the ashes of Germanicus [...], in Tacitus; the Pazzi conspiracy and the death of Giuliano de' Medici by Machiavelli; the Impeachment of Warren Hastings, the terrible proconsul of India, by Lord Macaulay, will be remembered forever”.*

Before concluding, I would like to mention the resources I have used for this talk:

*La biblioteca de polígrafos de la Fundación Herando de Larramendi* (The Ignacio Larramendi Foundation's Polymath Virtual Library);

Contribution from the Menéndez Pelayo Library in Santander;

*El Proyecto Filosofía en español* (The Philosophy in Spanish Project), [filosofia.org](http://filosofia.org).

In conclusion, I hope that this story of an intellectual wonder from Spain has been of interest to you. In any case, I encourage anyone who wishes to do so

to read the works of both Macaulay and Marcelino Menéndez Pelayo, perhaps the two most famous intellectuals of their respective countries in the 19<sup>th</sup> century.

Many thanks again to you all for your attention, to the Consulate of Spain and to the interpreters

Pedro Calvo-Sotelo

Wednesday, 3 February 2021



Terminose de imprimir este libro  
en la ciudad de Edimburgo,  
“Atenas del Norte”  
el 30 de noviembre de 2021,  
día de San Andrés,  
patrón de los escoceses  
componiéndose su primera edición de  
100 ejemplares  
de los que este ejemplar hace el número

FINIS CORONAT OPUS



